

La concepción utilitarista de la naturaleza humana y sus aspiraciones¹

Prof. Marcia Gabriela Spadaro

En el presente artículo pretendemos mostrar cómo la concepción *utilitarista* del hombre subyace a su filosofía práctica. Podríamos decir, en general, que existe una *biunivocidad* y *bicondicionalidad* entre toda propuesta ética y su estima del hombre. Ahora bien, más allá de las disidencias prácticas que existen entre unas y otras, las mismas son dependientes de sus disidentes fundamentos.

En el caso del utilitarismo, justamente, su fundamento es el principio de Utilidad o de mayor Felicidad, pero para que éste pueda ser principio requiere de una concepción del hombre como aspirante a la Felicidad, como aspirante a tal principio. De este modo, su validez y proposición descansan sobre las posibilidades efectivas de despliegue o realización humanas en una sociedad civilizada que este sistema en su *práctica* demuestre. Es decir, el principio de Utilidad debe ser en sí mismo útil; por ende para cualquier utilitarista su confirmación sólo requiere que los hechos no lo refuten².

I- La felicidad como principio.

*“El credo que acepta como fundamento de la moral la Utilidad, o el Principio de mayor Felicidad, mantiene que las acciones son correctas (**right**) en la medida en que tienden a promover la felicidad, incorrectas (**wrong**) en cuanto tienden a producir lo contrario a la felicidad. Por felicidad se entiende el placer y la ausencia de dolor; por infelicidad y la falta de placer. (...) a saber, que el placer y la exención del sufrimiento son las únicas cosas deseables (que son tan numerosas en el proyecto utilitarista como en cualquier otro) son deseables ya bien por el placer inherente a ellas mismas, o como medios para la promoción del placer y la evitación del dolor.”³*

Como bien definía Stuart Mill el principio de Utilidad consiste en juzgar las acciones humanas por su conformidad o no a orientarse a la Felicidad. En consecuencia la Felicidad es el *fin último del hombre* pues en todos sus actos subyace la pretensión de una existencia

¹ **Derechos de Propiedad intelectual n° 298733**

² “La <<prueba>> del utilitarismo descansa, en última instancia, en su adecuabilidad o no adecuabilidad a determinados sentimientos o actitudes humanas.” Guisán, Esperanza “Introducción” En: Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. Altaya, Barcelona, 1997. p. 25

³ Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. Altaya, Barcelona, 1997. pp.45- 46.

libre de dolor y lo más plena posible de placeres. El criterio primordial de medición de los placeres es su calidad, sólo por su calidad es estimable su cantidad. Este criterio se agudiza por la capacidad particular de cada hombre para concebir el placer como también por su hábito a la auto-observación y reflexión⁴.

De este modo obtenemos las primeras implicancias convalidadas por tal concepción de la felicidad y de la ética: acciones meditadas, medidas, de modo que contribuyan al fin último⁵. Lo impulsivo, lo a-reflexivo, no conduce por el camino de la virtud utilitarista; la Felicidad como *fin y modo de vida* requiere de su atento estudio para ser posible. Pues bien, una *vida placentera* resulta un difícil equilibrio entre dos elementos tensionales: *tranquilidad y emoción*. Así, Stuart Mill describe que con *mucha tranquilidad* se soporta *poco placer* y con *mucha emoción* se tolera una cierta *cantidad de dolor*⁶.

Si analizamos sus proposiciones con un criterio semántico encontramos en dichas expresiones la *medición* tanto de la tranquilidad y la emoción como del placer y el dolor. Mill habla de *cantidades* no precisas matemáticamente, pero sí lo suficientemente sugestivas a la subjetividad humana. Vemos que, aunque no esté denotado, la medida de las sensaciones descritas son dependientes de la recepción de cada individuo. En segundo lugar, la felicidad no consiste en *una continua emoción altamente placentera*, ya que si así fuera concebida ésta sería imposible⁷. De modo que la felicidad resulta un *estado* alcanzado a partir del control armónico, esto es proporcional, de la tranquilidad y la emoción. El exceso de tranquilidad evita al dolor, aún cuando su precio sea el escaso placer, y el exceso de la emoción busca la felicidad, aún cuando haya que soportar el dolor.

Ahora bien, el principio de Utilidad no sólo incluye la búsqueda de la felicidad sino también, a su vez, la *mitigación del dolor*, la prevención de su contrario. Así, aún negándose la posibilidad de la felicidad tal principio no carece de valor⁸. Mill, y aquí aparecen sus aspectos utópicos y filantrópicos, confía en que mediante *el empeño y el esfuerzo humano*, lentamente, la sociedad civilizada podrá *eliminar* una parte importante de las fuentes de sufrimiento presentes⁹. Esta afirmación desmitifica algunas interpretaciones

⁴ Op. cit. p.54.

⁵ Saenger, Samuel, *Stuart Mill*. 1930. p. 227.

⁶ Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. ed. cit. p.56.

⁷ Op. cit. p.55.

⁸ Op. cit. p.55.

⁹ Op. cit. p.59.

del principio utilitarista, ya que la *corrección* de las acciones no sólo depende de la felicidad que éstas causen al agente sino, también, de la que pueda causar a todos los afectados¹⁰. En consecuencia el utilitarismo reconoce la posibilidad de sacrificar el propio bien para beneficiar a los otros. Lo que la moral utilitarista no admite es que el sacrificio sea un bien en sí mismo, es decir, que sea éste deseable¹¹.

II- La naturaleza deseante del hombre como prueba del principio.

A la hora de demostrar racionalmente el principio de Utilidad Mill se vale de la indemostrabilidad de los *finés últimos*. Por lo cual la prueba que presentará no es estricta o epistemológicamente una prueba¹². Agrega que los fines últimos deben ser de por sí *deseables* como *finés*, dado que a su paso surgirán una serie de *cosas sólo deseables en cuanto medios para tal fin*¹³. Así utiliza un paralelismo: para demostrar que un objeto es visible es necesario que aquel a quien se pretende mostrárselo lo vea, de igual manera para demostrar que algo es deseable es necesario que esto sea deseado¹⁴. Esta será la forma en que Mill verificará su principio. Contemplemos el alto grado de subjetividad, ya que no la esencia de la cosa, pero sí su posibilidad de ser conocida es relativa o dependiente de las posibilidades del sujeto.

Su comentarista y traductora Esperanza Guisán, nos explica que lo deseable para Mill no es lo que un individuo cualquiera y anárquica o caprichosamente pueda desear; sino que lo deseable *presupone* aquello que *los hombres moralmente desarrollados desean*. Por lo tanto, los placeres *realmente* deseados por los hombres más civilizados y educados pasan a ser *deseables* para la humanidad¹⁵. He aquí lo que se le critica a Mill, su confusión entre lo *deseado* y lo *deseable*, dado que lo deseable puede ser no deseado¹⁶ o bien de lo deseable no puede ser extraído lo deseado. Esta confusión es denunciada por G. E. Moore como una *falacia naturalista*¹⁷.

¹⁰ Op. cit. p.62.

¹¹ Op. cit. pp.61- 62.

¹² Op. cit. p.42.

¹³ Op. cit. p.89.

¹⁴ Op. cit. p.90.

¹⁵ Guisán, Esperanza, "Introducción" En: Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. ed. cit.. p.14.

¹⁶ Guisán, Esperanza, "Introducción" En: Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. ed. cit.. p.33.

¹⁷ Guisán, Esperanza, "Introducción" En: Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. ed. cit.. p.12.

Levantando una objeción en su defensa, debemos reconocer que si tal era la interpretación de Mill acerca de lo deseable, éste, ya *en acto* era deseado por los hombres más ilustrados de una sociedad. Lo deseable se hace, en este autor, de por sí deseado porque no infiere fines sino que los extrae empíricamente de los hombres más avanzados. Y por ello es fundamental en él, como veremos en el próximo punto, la *calidad de los placeres*, pues todo hombre que se precie de ser *moralmente* elevado no debe someterse a burdos goces¹⁸.

Continuado con su prueba, Mill infiere que la felicidad de una persona es un bien para la misma y, de este modo, la desea; así como la felicidad general es un bien para ese conjunto de personas; de allí que la felicidad se instala como *uno* de los fines de la conducta y, por ende, como uno de los criterios de moralidad¹⁹. Es preciso que observemos que la demostración de Mill no consiste en que la felicidad sea el único fin del hombre moralmente recto sino en que sea uno entre otros. Este ser un fin la convierte en criterio de moralidad y a partir de allí la moral utilitarista exhibe su consistencia.

Pero esta parte de la prueba, también, acuña objeciones. Se lo ha denunciado de utilizar una *falacia de composición* tal que la felicidad de A es un bien para A del mismo modo la felicidad de B es un bien para B; no obstante de la felicidad de A más (+) la felicidad de B no se sigue que sea un bien para A o para B, es más no sigue que tal conjunto sea felicidad²⁰.

Nuevamente alzándonos en su defensa, Mill, al menos en texto del *utilitarismo*, cuando salta a la *felicidad general* no lo hace por una sumatoria de felicidades ni por su composición, sino por una inducción aristotélica y un paralelismo. Digamos que su razonamiento es el siguiente: si la felicidad de A es un bien para A necesariamente la felicidad general, valga el término la felicidad *común* de A, de B y de C, será un bien común a A, a B, y a C. De ningún modo afirma que la felicidad de A más la felicidad de B sean un bien común a A y a B.

Por otra parte, Esperanza Guisán detecta que los acusadores de ambas falacias se valen de una comprensión del sujeto cerrada y no inter- subjetiva, de tal modo que lo que representa un bien para una persona no puede de ninguna forma ser, a la vez, un bien para

¹⁸ Guisán, Esperanza, "Introducción" En: Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. ed. cit. pp.33- 34.

¹⁹ Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. ed. cit. pp.90- 91.

²⁰ Guisán, Esperanza, "Introducción" En: Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. ed. cit. p.12.

otra, con lo cual queda desterrada toda posibilidad de realizaciones colectivas²¹ como también la comprensión de toda propuesta ética.

Es preciso que nos preguntemos ¿qué es la felicidad para el utilitarismo?

III- La felicidad en el utilitarismo

*“Los ingredientes de la felicidad son muy varios y cada uno de ellos es deseable en sí mismo, y no simplemente cuando se le considera como parte de un agregado. El principio de Utilidad no significa que cualquier placer determinado, como por ejemplo la música, o cualquier liberación del dolor, como por ejemplo la salud, hayan de ser considerados como medios para un algo colectivo denominado Felicidad y hayan de ser deseados por tal motivo. Son deseados y deseables en y por sí mismos. Además de medios, son parte del fin.”*²²

*“La felicidad no es una idea abstracta, sino un todo concreto y éstas son algunas de sus partes. El criterio utilitarista sanciona y aprueba que así sea.”*²³

En primer lugar, observemos que la naturaleza de la felicidad es *un todo concreto*, no posee una existencia ideal, al contrario, es algo fácticamente experienciable o vivible, es decir empíricamente asequible. Pero este *todo concreto* que significa la felicidad no equivale a algo *colectivo*, a modo de un saco en cual vienen caer una serie de bienes, sino a un *todo sincrético*. Este sincretismo revela que la naturaleza de la felicidad no es simple, sino compleja. De este modo, los bienes que forman parte de ella son deseados por ser fines en sí mismos y no medios para ella; la presencia de cada uno de estos bienes es necesaria para el bienestar o el placer de la persona en cuestión²⁴. Por ende, son medios en tanto son necesarios para el fin, pero son fines en tanto son deseados en sí mismos²⁵.

Por esta cuestión Esperanza Guisán califica a Stuart Mill de *utilitarista semi- idealista*, porque no siendo la felicidad una entidad metafísica tampoco es algo propiamente físico o material²⁶. Se diría con propiedad que Stuart Mill sostiene una felicidad moral.

En segundo lugar, contra lo que anteriormente se le había imputado, podemos apreciar que Mill sí distingue lo deseable de lo deseado. Y reafirma a la felicidad como un fin en sí

²¹ Guisán, Esperanza, “Introducción” En: Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. ed. cit. p.12.

²² Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. ed. cit. p.92.

²³ Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. ed. cit. p.94.

²⁴ Op. cit. p.94.

²⁵ “Todo lo que es deseado de otro modo que no sea medio para algún fin más allá de sí mismo, y en última instancia para la felicidad, es deseado en sí mismo como siendo él mismo una parte de la felicidad, y no es deseado por sí mismo hasta que llega a convertirse en ella.” Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. ed. cit. p.95.

²⁶ Guisán, Esperanza, “Introducción” En: Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. ed. cit. p.16.

mismo deseable, pero, a la vez, deseado; es decir no sólo que goza de la calidad de ser en virtud deseada sino que de hecho es deseada.

Ahora bien, Mill al mostrarnos la esencia de la felicidad hace que ésta pase a ser, sí, el único fin de la vida del hombre y el único criterio de moralidad²⁷. Esto expone una concepción unidimensional del hombre, pues podríamos agregar que hay fines que si bien hacen a la felicidad, o a lo que un individuo entiende por felicidad, no necesariamente son buscados en su autenticidad por la felicidad que puedan promover, un ejemplo patente de ello es la dimensión religiosa.

Esta unidimensión del hombre corresponde al deseo. Según Esperanza Guisán, se debe a que la razón se arraiga en él, ya que si teleológicamente el hombre busca la felicidad es porque la desea²⁸; tal vez, se podría hablar de deseos racionalizados. Sin embargo antes de dar por sentado la anterior afirmación debemos revisar que para Mill la facultad moral no depende de la facultad sensitiva sino de la razón²⁹, por ende, si bien el hombre por su esencia desea la felicidad, es su razón la que se la impone como una meta.

El hombre es un ser deseante, ávido de apetitos por satisfacer. Como dice Samuel Saenger *está obligado por las leyes de su naturaleza a buscar las sensaciones de placer y a evitar los sentimientos de dolor* habiendo una identidad entre la *sensación de placer* y el *deseo*³⁰. La vida instintiva es superada por su criterio racional- teleológico que le exige una *recta relación* entre sus deseos y su satisfacción³¹.

*“Ahora bien, decidir si esto es así efectivamente, si la humanidad en realidad no desea nada por sí mismo sino lo que le produce placer, o aquello de cuya ausencia se deriva dolor, constituye una cuestión fáctica del mundo de la experiencia que depende, al igual que todas las cuestiones semejantes, de los testimonios con los que contemos. Sólo puede ser resuelta mediante la práctica de la auto- conciencia y la auto- observación, asistidas por la observación de los demás.”*³²

El hombre debe ser consiente de su actos y pensamientos, debe observar su propia conducta como la ajena, a la base de ella hallará que todo es movido por el deseo de ser feliz. Es indudable que, para nuestro autor, no ingresaban en la felicidad cualquier tipo de

²⁷ Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. ed. cit. p.96.

²⁸ Guisán, Esperanza, “Introducción” En: Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. ed. cit. p. 9.

²⁹ Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. ed. cit. p.39

³⁰ Saenger, Samuel, *Stuart Mill*. ed. cit. p. 226.

³¹ Op. cit. p. 228.

³² Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. ed. cit. p.96.

goces; para él la felicidad estaba ligada a una concepción *histórica y moral*³³ del hombre, como lo atestigua su biografía. La *dignidad, el auto- despliegue y la auto- estima*, no son valores ajenos a la esencia de la felicidad, al contrario son los que permiten que el hombre actualice sus potencialidades aspirando cada vez a una concepción humanista más elevada³⁴.

Por ello, para él no era suficiente luchar por la libertad y la igualdad. Para mejorar la humanidad era necesario que el hombre aprendiera a gozar estéticamente de la vida, a disfrutar con sus semejantes y a indagar en su ignorancia con afán científico y filosófico³⁵.

IV- La indistinción del placer y la felicidad.

Conforme a los análisis recientemente expuestos podemos detectar cierta obscuridad y reducción en la comprensión del término “felicidad”. La felicidad parece reducirse a cierto tipo de goces y placeres:

*“El mejor placer, es decir el placer máximo, constituye la meta del vivir humano, y confiere sentido a los demás placeres, a los sufrimientos y dolores, a los sacrificios momentáneos que tiene sólo valor moral en cuanto encaminados a la consecución de un placer más intenso, más vivo, más profundo.”*³⁶

Si nos detenemos en esta frase de Esperanza Guisán, podemos observar como se homologa la felicidad que es el telos de la ética utilitarista al *mejor o máximo placer*. Es decir, no todo placer es aquel *todo sincrético* que puede y es deseado por sí mismo. Los goces poseen una gradación, tal es así que la naturaleza deseante del hombre puede distraerlo con placeres que no proporcionen su felicidad; o sea el mismo dulzor del goce, en algunos hombres, atenta contra el goce máximo³⁷.

No obstante nosotros hallamos una dificultad en esta comprensión de la felicidad, ya que ella es reducida a la concreción de deseos que permitan el auto- despliegue del hombre, su desarrollo humano³⁸. La concepción del hombre intrínseca a esta filosofía práctica como

³³ Berlin, Isaih, “*John Stuart Mill y los fines de la vida*” En: Mill, John Stuart, *Sobre la libertad*. Alianza, colección Ciencia política, Madrid, 1999. pp. 29-30.

³⁴ Guisán, Esperanza, “*Introducción*” En: Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. ed. cit. pp.16- 17.

³⁵ Guisán, Esperanza, “*Introducción*” En: Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. ed. cit. pp.17-18.

³⁶ Guisán, Esperanza, “*Introducción*” En: Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. ed. cit. p.15.

³⁷ Guisán, Esperanza, “*Introducción*” En: Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. ed. cit. p.15.

³⁸ Berlin, Isaih, “*John Stuart Mill y los fines de la vida*” En: Mill, John Stuart, *Sobre la libertad*. ed. cit. p. 19.

ser deseante pone los límites epistemológicos y antropológicos a su teleología; como decíamos anteriormente, la unidimensión del hombre hace de la felicidad algo concretamente unidimensionalmente. La esfera de lo humano posee su diversidad y gradación, pero no posee más que una dimensión: la de su despliegue. Este despliegue, comparable al crecimiento biológico, es la realización de los deseos.

Ello pareciera connotar una naturaleza diferente del deseo a la que contemporáneamente podemos hallar en filósofos y teóricos del psicoanálisis. Haciendo una generalización, el deseo apuntalado por los postmodernos es un deseo sin teleología, sin dirección, sin razón, en fin sin sentido; un deseo atrapado, encarcelado, en su propia *producción*. Un deseo que si bien no puede salir de sí tampoco retorna a sí, o sea *deseo alienado*; un claro ejemplo son las formulaciones de Deleuze y Guattari: “*El deseo hace fluir, fluye y corta. (...) Todo <<objeto>> supone la continuidad de un flujo, todo flujo, la fragmentación del objeto.*”³⁹

Desde ya que el deseo afirmado por los utilitaristas no tiene nada que ver con alguna fragmentación de los fines deseados, sino por el contrario es deseo de elevación, de humanización; deseo de alcanzar un estado placentero. Está sumamente ligado a un eros contemplativo sin olvidar la praxis, más que a un hedonismo fútil o irracionalismo.

Ahora bien, esto no nos permite superar la unidimensión práctica. El placer se reduce a la concreción de tal deseo, no hay nada dentro de la felicidad que exceda a dicho placer. En este aspecto podemos achacarle la limitada comprensión de las perspectivas humanas, no así la ausencia de una idea de humanidad casi idílica o correspondiente a la edad de oro, la lucha por la racionalización de los deseos. Todo deseo racionalizado es deseo que tiene en cuenta el no perjuicio e incluso el bienestar de los otros.

De esta forma, Stuart Mill sostiene que no es extraño al utilitarismo la distinción entre placeres superiores, los correspondientes a la vida del espíritu, el sentimiento y el intelecto, de placeres inferiores, sólo referentes al cuerpo⁴⁰. Siendo, indudablemente, los primeros más deseables que los segundos⁴¹. Samuel Saenger le critica que los llame “en sí mismo deseables”, pues lo considera un retroceso a la ética tradicional y una inconsecuencia con el utilitarismo⁴². De nuestra parte agregaríamos que tal vez sea una inconsecuencia con la

³⁹ Deleuze, Gilles y Guattari, Félix, *El antiedipo (capitalismo y esquizofrenia)*. Paidós, Barcelona, 1998. p. 15.

⁴⁰ Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. ed. cit. p.47.

⁴¹ Op. cit. p.48.

⁴² Saenger, Samuel, *Stuart Mill*. ed. cit. p. 237.

doctrina utilitarista, pero si esta inconsecuencia resultaba útil a la humanidad y al mismo utilitarismo, con ella ha confirmado el principio de utilidad. Podríamos aventurarnos que en el fondo de la filosofía práctica de Mill está presente la posibilidad de su negación si ello es necesario para la felicidad humana.

El nudo del planteo sobreviene en que no todos poseen las mismas *capacidades de goce*, lo cual es un impedimento o un condicionamiento para acceder a la felicidad. Paradójicamente, aquellos cuyos deseos son de vuelo raso poseen más posibilidades de satisfacerlos que quienes poseen mayor refinamiento en sus deseos. Por ende, la felicidad para Mill no es una ecuación matemática, o sea que a una satisfacción x de los deseos igual (\Rightarrow) felicidad o placer. Al contrario, la felicidad es difícil de alcanzar, corresponde a deseos que sólo con una *gran capacidad de goce* y decisión de concretarlos, poniendo en juego a la voluntad con un papel indesligablemente racional, puede experimentarse⁴³.

*“Es mejor ser un ser humano insatisfecho que un cerdo satisfecho; (...). Y si el necio o el cerdo opinan de un modo distinto es a causa de que ellos sólo conocen una cara de la cuestión. El otro miembro de la comparación conoce ambas.”*⁴⁴

En el hombre de alto intelecto no corresponde que se satisfaga con los mismos goces que el animal, aún cuando ello pudiera otorgarle inmediatamente mayor y seguro placer. Los deseos del intelectual, del humanista, deben ser lo que es en sí deseable. Lo en sí deseable debe volverse para él un acto porque conoce su superioridad. Los dolores que transitoriamente se puedan ir cosechando mientras se intenta alcanzar la felicidad son fenómenos concomitantes no despreciados por la doctrina utilitarista, tienen su utilidad dentro de la economía del máximo placer⁴⁵ que es el ámbito de la libertad.

Bibliografía

Berlin, Isaih, “*John Stuart Mill y los fines de la vida*” En: Mill, John Stuart, *Sobre la libertad*. Alianza, colección Ciencia política, Madrid, 1999.

Deleuze, Gilles y Guattari, Félix, *El antiedipo (capitalismo y esquizofrenia)*. Paidós, Barcelona, 1998.

Ferrater Mora, José, *Diccionario de Filosofía*. Ariel Referencia, 4 T., Barcelona, 1994 .

⁴³ Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. ed. cit. p.51.

⁴⁴ Op. cit. p.51.

⁴⁵ Saenger, Samuel, *Stuart Mill*. ed. cit. pp. 230- 231.

Guisán, Esperanza “*Introducción*” En: Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. Altaya, Barcelona, 1997.

Mill, John Stuart, *El utilitarismo*. Altaya, Barcelona, 1997.

Mill, John Stuart, *Sobre la libertad*. Alianza, colección Ciencia política, Madrid, 1999.

Saenger, Samuel, *Stuart Mill*. 1930.